

quien su calidad de príncipe de la sangre colocaba por encima de las timideces de la responsabilidad ordinaria, se presentó en la liza, y lastidiándose, por decirlo así, de la guerra metódica de los Nassaus, según la cual no se daba batalla sino en el último extremo, al cabo salió del círculo en que parecía encerrado el genio de los capitanes. Rodeado la primera vez que ejerció mando de consejeros que se le habían dado para contener sus bríos, no les hizo caso, y solo dió oídos á Gassion, rival suyo en el carrojo, y sorprendido en un desfiladero, que iba á parar á la llanura de Rocroy, audazmente desembocó delante de un enemigo valiente y muy experimentado, le acometió por sus dos alas, compuestas de caballería según el método de entonces, las puso en derrota, y luego revolvió contra la infantería, quedada en el centro á semejanza de una ciudadela que repara sus brechas, la encató á cañonazos, y después la destruyó en esta jornada, que fué la postrera de la infantería española (1). Ciertamente este día no alteró Condé el arte de combatir en nada, pues aun era el mismo de Farsalia y de Arbella, si bien se mostró innovador verdadero en lanzarse á dar batalla, y en ir así en durechura al fin decisivo de la guerra, modo de proceder el mas humano, aunque el mas sangriento por de pronto.

(1) Nada aficionado á anotar obras ajenas, me he abstenido de oponer reparos de bulto á las aseveraciones de este historiador eminente en repetidas ocasiones. Ahora ultrajado mi patriotismo contra tal absoluta, desmente de la manera más rotunda la falsedad notoria de tal baladronada. Después de Rocroy ha sepultado la infantería española á muchos miles de franceses.

Así Condé vino á ser prototipo de audacia. Muy pronto en Friburgo, no parándose en lo malo del terreno, en Nordlingen no inquietándose de resultas de tener batida una de sus alas y el centro ya encentado, al fin ganaba una batalla perdida ó punto menos á fuerza de persistencia en la audacia. Con su venturosa mezcla de atrevimiento y de golpe de vista llegó á figurar como el más insigne general de batalla, que hasta entonces se hubiese conocido en los tiempos modernos. A su lado, delante de su vista, después bajo su mando, muy luego ya solo, se formaba otro capitán destinado á ser émulo suyo, menos asado sobre el campo de batalla, si bien más osado en las marchas y en la concepción general de sus campañas; todos comprenden que se alude á Turenna. Tratado Condé como príncipe de la sangre no tenía á su cargo las cosas fáciles sin duda, porque no hay cosas fáciles en la guerra, pero si las más grandes, para las cuales se prodigaban los recursos. Turenna, que con el tiempo vino á ser el predilecto de la corona, á los principios y con particularidad junto al Rhin estuvo encargado de las tareas ingratas, de aquellas en que se necesitaba hacer cara á un enemigo superior con fuerzas insuficientes, y se le vió ejecutar marchas de increíble osadía, ora cuando en 1646 bajaba al Rhin, que iba á pasar por Wesel para incorporarse á los suecos y obligar á la paz al elector de Baviera; ora cuando, fingiendo adormecerse de fatiga el año de 1676 al final de una campaña, de pronto salía de sus cantones, y se lanzaba improvisamente sobre los cuarteles de invierno del enemigo, y le ponía en fuga, y le arrojaba más allá de las fronteras. Así cabe decir que Condé había dado al arte mili-



tar la audacia de las batallas, y Turena la audacia de las marchas. Después de estos dos insignes capitanes, de nuevo se iba á estancar el arte y á andar aun á tientas hasta mediados del siglo décimo octavo, época en que una inmensa lucha le debía impeler á dar su segundo paso, elevándolo á lo que verdaderamente se puede llamar la gran guerra.

Para figurarse lo que ya se había hecho y lo que todavía quedaba por hacer á punto fijo, necesario se hace recordar cuáles eran entonces la composición de los ejércitos, la proporción y el empleo de las diferentes armas y la manera de dar batalla. Todo esto se puede ver descrito con puntualidad notable en las Memorias del ilustre Montecúculi, uno de los más sábios generales de aquel tiempo. A pesar del desarrollo que había ya recibido la infantería, aun no formaba más que la mitad de las tropas reunidas sobre un campo de batalla, componiéndose la otra mitad de la caballería. En cuanto á la artillería era poco numerosa, á lo sumo de una pieza por cada mil soldados, y de muy difícil transporte. Tal era el orden de batalla como lo vemos en los historiadores de Anibal y de César, únicos maestros estudiados entonces; es decir, que la infantería estaba siempre en el centro, la caballería sobre las alas, y al frente la artillería, sustituyendo las máquinas de los antiguos, sin hacer otra cuenta acerca del terreno, sino que la caballería se estrechaba acaso, ó se replegaba hácia la espalda, ó hácia en suma lo que estaba á su alcance, si el terreno de las alas aparecía poco favorable para su despliegue. La artillería empezaba por cañonear al enemigo para ver de que vacilara su firmeza, después la caballería de las alas

cargaba á la que tenía enfrente, y si lograba la ventaja, al punto revolvía sobre el centro, donde las tropas de á pie venían á las manos, de flanco ó de revés acometía á la infantería del enemigo, y de esta suerte daba cima á su derrota. Pocas batallas se podrán citar de los tiempos de Gustavo Adolfo, de Condé y de Turena que pasaran de otro modo. No ofrecen espectáculo diferente las de Lutzen, Rocroy y las Dunas, que figuran como las más famosas. Así no es como se procede en los tiempos actuales, pues la caballería no está sobre las alas, ni la infantería en el centro, ni la artillería sobre el frente. Cada arma se situa según el terreno, la infantería en los sitios escabrosos, la caballería en el llano, la artillería donde quiera que pueda servirse de sus fuegos con ventaja. Hoy el grueso de los ejércitos lo forma la infantería, representando las cuatro quintas partes de los combatientes, y teniendo su porción de caballería para las exploraciones, su porción de artillería para darla apoyo, más ó menos según el terreno, y si existe una gruesa reserva de caballería y de artillería, como en los tiempos del imperio, se halla en manos del general en jefe, á fin de descargar los golpes decisivos, si sabe usar de sus recursos con la oportunidad del genio.

Tanto entre los antiguos como entre los modernos, á situar la caballería sobre las alas había inducido la necesidad de cubrir los flancos de la infantería, que no sabía maniobrar como ahora, y hacer frente hácia todas partes con formarse en cuadro. Una verdadera falange macedónica era hasta fines del siglo XVII la infantería, una especie de cuadrilongo, presentando al enemigo su



frente prolongado y entremezclado de piqueros y de algunos mosqueteros. Por lo común estos se situaban sobre el frente y cubiertos por la longitud de las picas hacían fuego, despues corrían á lo largo del batallon al aproximarse al enemigo, y se iban á colocar sobre las alas, dejando al cuidado de los piqueros ejecutar la carga ó repelerla al arma blanca. Fácil es de comprender que si los fuegos hubieran tenido entonces la importancia que tienen ahora, tal batallon quedara destruido muy pronto. Horrorosos estragos hicieron las balas de cañon al penetrar en masas donde diez y seis y á veces veinte y cuatro hombres se hallaban alineados unos detrás de otros. No teniendo picas más que sobre su frente, este mismo batallon se hallaba en la imposibilidad de defender contra un ataque de caballería sus flancos.

Así para obviar los inconvenientes de este modo de presentar las fuerzas, no era raro ver como en Lutzen y en Rocroy á las infanterías austriaca y española formarse en cuatro grandes masas y hacer frente hácia todas partes, componiendo así con todas las tropas de a pié un solo grueso cuadro.

Hoy se halla resuelto el problema del todo, merced á la invencion del fusil con bayoneta, debida al admirable francés Vauban, que de resultados de invencion semejante figura como el verdadero autor de la táctica moderna. Con efecto, añadiendo por medio de la bayoneta un hierro de lanza al antiguo mosquete, virtualmente puso fin á la distincion de piquero y de mosquetero. Desde entonces ya no debió haber más que una especie de infante en proporcion de hacer disparos y de oponer una punta de hierro al jinete. Consecuencia forzo-

sa de tal cambio era la formacion moderna de la infantería; pero las consecuencias de un principio no se sacan al golpe, y sobre todo no se aprovechan durante la guerra las lecciones que ha dado, sino en el seno del silencio y de las meditaciones que durante la paz son permitidas.

Durante las guerras de Luis XIV no produjo todas sus consecuencias el fusil con bayoneta. Al principio se anduvo en vacilaciones, y todo se redujo por de pronto á disminuir las filas de la infantería, para presentar menos masa á los fuegos del enemigo, y hacerlos también en menor copia, logrando más despliegue.

Pero á mediados del siglo XVIII, que tan feo habia de ser en revoluciones de todas clases, se preparaba la revolucion del arte de la guerra. En este siglo de duda, de exámen y de investigaciones, en que un mismo espíritu removía sordamente las profesiones todas, se dedicaron los militares á ir tras de nuevos procedimientos. Una monarquía alemana existía casi tan fuerte como Baviera, aunque en mejor posicion para resistir al poder imperial, de difícil alcance como situada más hácia el Norte, apoyada sobre un pueblo robusto y bravo, habiendo hecho ya notable figura durante las guerras del siglo XVII, y concebido una vasta ambicion desde entonces, animada de espíritu protestante y dispuesta á hacer una oposicion formidable á la católica Austria; esta potencia era la Prusia. En el gran elector habia tenido un soberano militar de nota: en su sucesor tuvo un príncipe vano, enamorado del título de monarca, que compró al emperador á costa de entregarle sus fuerzas. Sin embargo, este título al parecer vano, era una



especie de empeño contraído con la grandeza, y transformada Prusia en reino, de súbito se hizo tan ambiciosa como aparecía titulada. Al príncipe que se hizo monarca sucedió un príncipe enfermizo, moroso y arrebatado hasta la demencia; si bien dotado de cualidades reales, avaro de la sangre de sus súbditos y de sus haciendas, alcanzándosele que Prusia convertida en reino, se debía preparar á sostener su categoría, y con esta mira, acumulando tesoros y formando soldados, aun cuando personalmente no amara ni quisiera emprender la guerra. Fama ha quedado de su pasión por los gallardos granaderos, y tan conocida era entonces, que los anhelantes de adquirir ascendiente sobre su ánimo, le ofrecían hombres altos de talla, al modo que á ciertos monarcas se les hacen presentes de caballos ó de cuadros. Este príncipe, cuyo espíritu se hallaba atacado de sombríos vapores, no era apto para soportar de continuo el peso de la corona, lo había descargado sobre dos favoritos, uno para lo político, Mr. de Seckendorf, y otro para lo militar, el príncipe de Anhalt Dessau, hábil el primero é intrigante, dotado el segundo de verdadero genio para la guerra. Figurando en las últimas campañas de Luis XIV, el príncipe de Anhalt Dessau se había distinguido en Malplaquet á la cabeza de la infantería prusiana, y había adquirido el convencimiento de que en adelante con las tropas de á pie sería forzoso decidir de la suerte de los imperios. Maniobrando sobre la esplanada de Postdam desde por la mañana hasta por la noche con la infantería prusiana, allí acabó por comprender toda la transcendencia de la invención de Vauban, y armó aquella infantería de fusiles con bayoneta, la dispuso

en tres filas, y casi llegó completamente á la organización del batallón moderno. Y no se limitó á creación semejante, sino que haciendo maniobrar cotidianamente á la infantería prusiana delante de sus ojos, la animó de un espíritu de tan enérgico temple como el suyo, otro servicio también relevante, porque si en un ejército el mecanismo importa mucho, la moral no importa menos, y sin este requisito el ejército mejor organizado no es más que una máquina excelente sin impulso.

Su rey le aprobaba de continuo y le daba apoyo, y resueltísimo á no hacer la guerra en persona, sin embargo deseaba que se hallase en aptitud de hacerla su pueblo. Un instinto profundo, confuso, indefinible, le empujaba á proceder en tal sentido, sin propósito deliberado, y tan sin saber la obra que traía entre manos que no echó de ver en su hijo al hombre que había de hacer uso de los medios que preparaba tan á maravilla.

Educado este hijo por protestantes franceses, y pasando de manos de los protestantes á las de los filósofos muy pronto, lleno de genio y de impertinencia, teniendo lo pasado del mundo como una tiránica extravagancia, mirando como una preocupación ridícula todas las religiones, no reconociendo mas autoridad que la del talento, hasliado mostróse del pedantismo militar que reinaba en la corte de Berlin, y por este motivo se hizo odioso á su padre, el cual en un acceso de cólera apaleó con su bastón al que había de ser Federico el Grande en la historia. A la verdad el gran Federico, apaleado y metido en un castillo por no amar bastante lo militar, es uno de los singulares espectáculos que la historia ofrece á las veces. Pero el año



de 1740 murió este extraño padre, y de súbito el hijo se lanzó sobre las armas de Aquiles, que al pronto no había reconocido por las suyas. De morir acababa el emperador Carlos VI, dejando por heredera única á María Teresa, su hija, á la cual nadie juzgaba capaz de defender su herencia. Cada cual codiciaba una parte. Baviera anhelaba la imperial corona, Francia aspiraba á conquistar cuanto á la margen izquierda del Rhin poseía el Austria, España tenía asimismo ambiciosas miras sobre Italia; y el jóven Federico pensaba en hacer dignos sus Estados por su dimension del título de reino. Sin embargo, á la par que todos devoraban con la vista una parte de la herencia de María Teresa, nadie se atrevía á echarla mano. Federico obró á semejanza de las gentes que prenden fuego á la casa donde van á hacer un robo; se arrojó sobre la Silesia, muy pronto le imitó la Europa toda, y así produjo el incendio, de que se debía aprovechar tan á maravilla. Habiendo recibido de su padre un tesoro bion repleto y un ejército mantenido siempre en pie de guerra, por el mes de octubre de 1740 entró en Silesia á los seis meses de ascender al trono, ya por diciembre había conquistado la provincia toda, pues casi no tenía tropas que oponerle el Austria, y de esta suerte acreditaba la superioridad de un pequeño príncipe dispuesto á la lucha sobre otro grande que aun no está preparado.

Con todo, no se oyó mas que un grito en Europa, á saber, que el jóven rey de Prusia era un calavera, y que le xpiaría su temeridad al mes siguiente. Efectivamente, habiendo juntado sus fuerzas, de Bohemia desembocaron los austriacos en Silesia, y tan poca experiencia tenía á la sazón Fe-

derico que les dejó situarse á su espalda é interceptarle el paso de Prusia. Acto continuo retrocedió y marchó hácia ellos con la audacia que inspiraba todas sus acciones, y les dió batalla, aunque no había hecho maniobrar un batallon hasta entonces, teniendo vuelta la espalda al Austria, á la par que los austriacos la tenían vuelta á la Prusia. De haber sido batido, ya á Berlin no le vieran más sus ojos, y lo singular es que en esta primera batalla no observó Federico otra táctica que la de los pasados tiempos. Su excelente infantería, mandada por el bizarro mariscal Schwerin, se hallaba en el centro, su caballería sobre las alas, su artillería al frente, como en Lutzon, Rocroy y las Dunas. La caballería austriaca, situada asimismo sobre las alas y muy superior así en calidad como en fuerza, se lanzó al galope y llevóse de calle á la caballería prusiana, y con ella al jóven Federico, que nunca había asistido á parecida escena. Pero mientras las dos caballerías corrian á la espalda, una en persecucion de otra, firme se mantuvo en línea la sólida infantería prusiana. Si las cosas pasaran como en los tiempos de Condé ó de Alejandro, revolviendo la caballería austriaca sobre la infantería prusiana, la cogiera por los dos flancos, y la destruyera muy luego. No aconteció de este modo, pues, tras de mantenerse inmóvil el viejo mariscal Schwerin se lanzó adelante y se hizo dueño del arroyo y del molino de Molwitz, y cuando la caballería austriaca volvió victoriosa, ya encontró destrozada su infantería y perdida la batalla. Federico triunfó así de resultas del valor de su infantería, vencedora mientras personalmente se veía arrollado á su espalda. Pero ya lo dijo por sí mismo,



la lección era buena, y se generalizó muy pronto. Europa lo ponderó como milagro, hombre de guerra llamó á Federico, y no calavera como antes; pero lo de mayor importancia era que la infantería prusiana acababa de adquirir un gran ascendiente, y lo supo conservar hasta encontrarse en 1792 con la infantería de la revolución francesa.

Durante los años siguientes, Federico alcanzó una segunda, una tercera, una cuarta victoria, y al cabo de varias alternativas, mientras Baviera y Francia se habían extenuado sin obtener la corona imperial la una, y la izquierda del Rhin la otra, únicamente Federico llegaba al logro de sus miras, y ganaba la Silesia, justo galardón de una política profunda, y de una guerra conducida á tenor de principios excelentes y nuevos.

Sin embargo, una provincia como Silesia no se gana ó se pierde de un golpe. Dos motivos tenía la piadosa María Teresa para ser implacable, el sentimiento de ver desmembrado su patrimonio, y el orgullo de la casa de Austria humillado por un joven innovador y despreciador de Dios y del Imperio. Así acechaba la ocasión de tomar venganza, y no debía estar largo tiempo en espera. Siendo Federico así en la política como en la guerra tan dueño de sí propio, solo á su espíritu burlesco no sabía poner freno, y Europa le suministraba repetidas ocasiones de ejercitar esta propensión suya, á las cuales no sabía resistir de ningún modo. Una mujer elegante y aguda, representante de la sociedad culta, dominaba en París la indolencia desordenada de Luis XV. Otra mujer bella y licenciosa, la emperatriz Isabel, dominaba la ignorancia de la corte de Rusia. Ofendiendo Federico á

ambas con sus chistes, y haciéndolas así aliadas de María Teresa, se trajo encima la terrible guerra de siete años, en que, apenas sostenido por el oro de Inglaterra, se tuvo que mantener en lucha contra todo el continente. Durante esta guerra fué cuando tomó vuelo el arte.

A Federico se ha visto batirse en Molwitz como se hacia en Rocroy, en Farsalia, en Arbella, con la infantería en el centro y la caballería sobre las alas. Sorprendido por la superioridad de la caballería austriaca, ante todo aplicóse á proporcionar á la suya, de que tenía gran necesidad sobre las llanuras de Silesia, cuanto le faltaba de cualidades militares, y así llegó á darla una solidez de que carecía la caballería austriaca. Pero su poderío asentólo principalmente sobre la infantería prusiana. A esto le alentaron dos razones, la misma excelencia de esta infantería, á la cual era deudor de sus primeros triunfos, y la naturaleza del terreno donde tenía que sustentar la lucha. Silesia es una llanura; pero no era allí donde había que disputar la posesión de su territorio, sino en Bohemia, ó más bien sobre las montañas que separan las dos provincias. Así conoció la necesidad de servirse especialmente de la infantería, y de emplear la caballería y la artillería como sus indispensables auxiliares, más ó menos importantes según el lugar de la contienda. En suma allí aprendió y enseñó el arte de emplear las armas con sujeción á la naturaleza del terreno.

De esta suerte el hombre que en Molwitz había situado su infantería en el centro y su caballería sobre las alas, en Leuthen y en Rosbach procedía de muy diverso modo. En Leuthen, batalla califi-



cada por Napoleon como la obra maestra de Federico el Grande, á los austriacos ve con su izquierda apoyada sobre una eminencia cubierta de matorrales y con su derecha extendida por la llanura. Aprovechándose de una cortina de ribazos, que le separa del enemigo, por detrás hace desfilar á la mayor parte de su infantería, la conduce sobre la izquierda de los austriacos, les quita la posición de Leuthen al punto, y ya desalojados de la altura, con su caballería los agobia sobre el llano, y hallándose á punto de perecer el día antes, en una sola jornada restablece sus asuntos, destruyendo ó capturando la mayor parte de las fuerzas que le han sido opuestas.

Acampado se hallaba en Rosbach sobre una altura de difícil acceso, con pantanos hácia su derecha y bosques hácia su izquierda. Operando también el príncipe de Soubise de distinto modo que se hacia en el siglo XVII, le ocurre rodear á los prusianos, y sin explorar el terreno mete al ejército francés por los bosques extendidos á la izquierda del enemigo. Federico deja que se internen los franceses en esta especie de garganta, les ataja el paso sin más que presentar algunos batallones de buena infantería, despues se precipita con la caballería de Seidlitz sobre sus flancos, y los pone en tal derrota que, á no ser por los triunfos de la revolucion y del imperio, aun no podrian recordar los franceses sin sonrojo.

De consiguiente Federico habia cambiado el arte de pelear completamente, haciendo uso de las diversas armas según el terreno. Sin embargo habia contraído una costumbre, á causa de que todo individuo se aficiona á una manera particular de

proceder tanto en la guerra como en las demás artes, y así adoptaba por maniobra favorita la de acometer vigorosamente á una de las alas del enemigo para decidir la victoria, destruyendo este ala, de donde nacieron las famosas discusiones sobre el *orden oblicuo*, que llenaron mucha parte del siglo XVIII.

No solo operaba Federico una revolucion en el uso de las diversas armas, sino que también cambiaba sus proporciones, pues reducía la caballería de la mitad á la tercera parte á lo sumo, y desarrollaba la artillería en términos de hacerla más numerosa á la par que de más fácil transporte.

Finalmente consumaba cambios todavía de mayor nota bajo el aspecto que exige más superioridad de talento, el de la dirección general de las operaciones. Durante el siglo anterior se giraba en torno de una plaza, ya para apoderarse de ella, ó ya para impedir que fuese tomada. Reducido Federico á luchar contra los ejércitos de toda Europa, que desembocaban ora de Bohemia, ora de Polonia, ora de Franconia, se vió obligado á pelear contra todos sus enemigos al mismo tiempo, á descuidar el peligro no más que amenazador para hacer cara al que se presentaba como verdaderamente alarmante, á sacrificar á lo principal lo accesorio, á correr de un ejército á otro para batirlos alternativamente, y á salvarse por virtud del hábil manejo de sus fuerzas. Pero aun cuando, merced al progreso de cada arma y á la situación excepcional de Federico, entonces llegara á ser la guerra más viva, más alerta, más osada, mucho distaba todavía de ser como la hemos visto en nuestro siglo. Federico no salió nunca de la Sile-



sia y de la Sajonia, esto es del espacio comprendido entre el Oder y el Elba, y jamás pensó en abarcar de una vasta ojeada toda la configuración de un imperio, para descubrir el punto adonde convenia dirigirse audazmente, á fin de descargar el golpe que pusiera término á la guerra. Ya habia pensado en ocupar á Dresde, que estaba á su alcance, aunque jamás le ocurrió marchar sobre Viena. Si desde Glogau ó desde Breslau corria á Erfurt era porque, despues de haber combatido á un enemigo, se le señalaba otro nuevo ya cercano, y corria allí á semejanza del valiente animal acosado por los perros que se abalanza ora á aquel ora a este, cuando tras de los dientes del uno ha sentido los del otro. En suma á una grande revolucion habia dado principio, mas no remate. Asi todavía acampaba por ejemplo, y no sabiendo como Napoleon el año de 1814 acechar en un falso movimiento del enemigo la ocasion de una decisiva maniobra, se encerraba dentro del campo de Buntzenwiltz y allí pasaba muchos meses en espera de la fortuna, que efectivamente le venia á salvar de ruina cierta, con hacer que Pedro III sucediera á la emperatriz Isabel sobre el trono de Rusia. No solo se limitaba á acampar como vestigio de las antiguas costumbres, sino que tambien cubria su frontera con lo que entonces se denominaba *el estrago*. Queriendo impedir el acceso de la Silesia á los ejércitos austriacos, luego prendia á las mieses, y cortaba los árboles é incendiaba las haciendas en un espacio ancho de diez ó quince leguas, largo de treinta ó cuarenta, y en lugar de operaciones sabias oponia el hambre al enemigo. Por no ser aun bastante atrevida y hábil era más cruel la guerra.

De consiguiente, si Federico habia cambiado el orden de batalla, subordinándolo al terreno, si á los movimientos habia comunicado una expedicion desconocida hasta entonces, obligado como estaba á luchar á la par contra tres potencias, aun no habia impulsado la gran guerra á sus últimos desarrollos. Este cuidado dejó á la revolucion francesa y al hombre extraordinario, que debia llevar sus banderas á los confines del mundo civilizado. Sin embargo habia hecho muy bastante, y en la marcha del espíritu humano pocos varones han cruzado tan vasto espacio. Con efecto, á fuerza de carácter y de genio, Federico habia resistido á Francia, Austria y Rusia, con una nacion que no pasaba de seis á siete millones de hombres, aun despues de adquirida la Silesia; verdadero prodigio que fuera irrealizable á no mediar algunas circunstancias, que hay que enumerar brevemente, á fin de que sea concebible. Ante todo Inglaterra ayudó con su oro á Federico, parsimoniosamente sin duda, pero le ayudó al cabo. Mediante este oro proporcionóse soldados, y como se batian alemanes contra alemanes, en la noche siguiente á las batallas sus prisioneros transformaba en reclutas, cosa que le permitió suplir á la insuficiencia de la poblacion prusiana. Además ocupaba una posicion concéntrica entre Rusia, Austria y Francia, y corriendo velozmente de Breslau á Francfort junto al Oder, de Francfort á Dresde, de Dresde á Erfurt, así podia hacer frente á todos sus enemigos, lo cual facilitaba una circunstancia todavia más decisiva, á saber, que Austria hacia una guerra seria, á la par que Rusia y Francia no hacian más que una guerra de capricho, gobernadas como es-



taban por antojos de corte. Isabel enviaba anualmente un ejército ruso, que daba una batalla y despues de ganada ó perdida se retiraba á Polonia. Por su parte los franceses, ocupados contra los ingleses en los Países Bajos, y tan deplorablemente administrados como mandados, de vez en cuando enviaban una hueste, que mal recibida, como en Rosbach por ejemplo, ya no volvía á aparecer nunca. Así Federico en realidad no tenía que haberse las más que contra Austria, lo cual no hace menos asombroso su triunfo, ni le hubiera salvado tampoco, si no fuese lo que se denomina *legítimo* en nuestro tiempo. Con efecto, dos veces entraron en Berlín sus enemigos, y en vez de pensar en deslitolirle del trono, como lo hubieran hecho sin duda de tener un pretendiente que colocar en su puesto, se marcharon despues de imponer una contribucion de algunos centenares de miles de escudos. Estas circunstancias reunidas, sin disminuirlo en lo más leve, explican el prodigio de un pequeño príncipe luchando contra las tres mayores potencias de Europa, haciéndolas frente por espacio de siete años, desconcertándolas con sus golpes imprevistos, fatigándolas con su teson, dando lugar á que la fortuna le deparara en Rusia un cambio de reinado, y finalmente desarmando con su genio y su constancia á las tres mujeres, á quienes habia desencadenado con su mala lengua. De todas maneras su obra es á todas luces una de las más memorables de la historia, y digna es de figurar entre las de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo y Napoleón en suma.

A la revolucion francesa tocaba comunicar al arte de la gran guerra un último y decisivo im-

pulso. Con efecto, el movimiento civilizador que habia sustituido la infantería á la caballería, estos, las naciones á la nobleza á caballo, su postrer empuje debia recibir de la revolucion de Francia, por ser la explosion de las clases medias. Dos sentimientos se albergaban el año de 1789 en el corazón de los franceses; la pesadumbre de ver desde Luis XIV en decadencia á Francia, lo cual atribuian á las ligerezas de la corte, y la indignacion contra las potencias europeas, que les querían impedir la reforma de sus instituciones, dándolas el principio de la igualdad civil por base. Así la nacion entera corrió á las armas. Aun viéndose privado de resultados de la emigracion de una buena parte de sus oficiales, el antiguo ejército real bastó para los primeros encuentros, y dió felices combates á las órdenes de Dumouriez, general que hasta la edad de cincuenta años habia malgastado su genio en vulgares intrigas. Pero bien pronto se deshizo aquel ejército bajo el fuego de tan terrible guerra, y la revolucion envió para reemplazarle oleadas de poblacion que vinieron á ser infantería. De hombres presurosamente alistados no se hacen jinetes, ni artilleros, ni zapadores; pero en una nacion militar por esencia, y con la tradicion y el orgullo de las armas, bien se pueden hacer infantes. Incorporados estos infantes á las medias brigadas que aun quedaban del ejército antiguo, y llevándole su audacia y tomándole la organizacion suya, al principio se lanzaron sobre el enemigo como hábiles tiradores, y luego lo repelieron vigorosos, cargándole en masa á la bayoneta. Con el tiempo aprendieron á maniobrar delante de los ejércitos más maniobristas de Europa, los que en



la escuela de Federico y en la de Daun se habian formado; con el tiempo asimismo suministraron artilleros, jinetes, ingenieros, y adquiriendo la disciplina de que estuvieron faltos al principio, y conservando de su primer empuje la agilidad y la osadía, pronto figuraron como el primer ejército del mundo.

No era posible que este sentimiento poderoso del año de ochenta y nueve, combinado con las antiguas tradiciones militares de los franceses, les diera ejércitos sin darles tambien generales, ni que su infantería, ya tan hábil en las maniobras como los mejores ejércitos alemanes, y más viva, más despierta, más ágil que todos, no ejerciera poderoso influjo sobre los que la tenian bajo su mando, y así empujó á Pichegrú á Holanda, y á Moreau, á Kleber, á Hoche y á Jourdan al centro de Alemania. Pero mientras se formaban generales capaces de dirigir una hueste, se debia formar uno capaz de regir al mismo tiempo á todos los ejércitos de un vasto imperio, porque el impulso moral á semejanza del impulso físico comunicados á varios cuerpos lleva á cada cual á distancias proporcionadas á su volumen y á su peso. Mientras de este movimiento nacional eran producto los generales Pichegrú, Hoche, Moreau, Kleber, Desaix, Masena, en Tolon asomaba el maestro de todos, y este maestro en quien el universo reconoce al jóven Bonaparte, educado en las escuelas del régimen antiguo y en la mas sábia de las armas, la de la artillería, si bien poseido del espíritu nuevo, á su audacia personal, la mas gigantesca acaso que haya inspirado á alma humana, unia la audacia de la revolución francesa. Dotado de ese genio universal

que hace á los hombres aptos para todo, aun disposición tenia además que le era propia, la de estudiar el territorio sobre el mapa con abinco, y la propension á buscar allí la explicación de los fenómenos de la política así como los problemas de la guerra. Inclinado sin cesar sobre los mapas, cosa que por rareza hacen los militares, y antes hacian mucho menos, de continuo meditaba sobre la configuración del territorio, donde ardía la guerra por entonces, y mezclando los delirios juveniles con estas meditaciones profundas, se decia que si fuera soberano haria esto ó lo otro, y empujaria los ejércitos de la república en tal ó cual sentido, no sospechando que soberano lo habia de ser algun día, si bien sintiendo en lo interior de su alma algo indefinible, como á veces se siente saltar bajo las plantas el agua próxima á romper la tierra y á brotar en manantial fecundo. De estas solitarias meditaciones dedujo que, habiendo renunciado á los Países Bajos, Austria no era vulnerable más que en Italia, y que para hacerla decisiva, allí habia que transferir la guerra. Hablando de continuo de estos ensueños a los directores, de quienes era dependiente, hasta el punto de moverles casi á fastidio, gobernador de Paris fué nombrado por de pronto, y luego, de resultas de ser Scherer batido, general en jefe del ejército de Italia. Apenas llegado á Niza, de una ojeada comprende el jóven general que no ha menester forzar los Alpes, sino *rodearlos*, segun ha dicho por sí con profundidad suma. Efectivamente, los piemonteses y los austriacos guardaban la garganta de Montenotte, donde los Alpes declinan mucho, para volverse á empinar despues con el nombre ya de Apenninos. Un



amago hace sobre Génova con el designio de atraer allí á los austriacos, luego de noche fuerza el paso de Montenotte, en cuya custodia quedan solos los piemonteses, y los carga á fondo, y sobre Turin los precipita en dos batallas, y arranca la paz al rey del Piamonte, y cae sobre el Pó en persecucion de los austriacos, que, al verse engañados con ser atraídos á Génova, se apresuran á retroceder para amparar á Milan de prisa. Por Placencia cruza el Pó, y entra en Milan, y corre á Lodi, y fuerza el paso del Adda, y hace alto junto el Adige, y allí le muestra su espíritu penetrante la verdadera frontera de Italia contra los alemanes. Un genio menos profundo corriera hácia el Mediodía, para posesionarse de Florencia, de Roma y de Nápoles. Ni siquiera le ocurre tal cosa. Al Directorio dice que contra los alemanes hay que disputar la Italia, y posicion hay que tomar en su contra, pues quien va al mediodía de Italia encontrará Forno como Carlos VIII, ó el Trebbia como Macdonald á la vuelta (1). De consiguiente se decide á permanecer en el Norte, y con la misma perspicacia de genio comprende que el Pó tiene un curso demasiado largo para ser fácilmente defendido, que el Isonzo

(1) Aunque Carlos VIII salió victorioso en Forno, allí estuvo á punto de perder la vida, y pereciera con toda su hueste, si á la espalda no hallara tropas tan inferiores á las suyas. Por el contrario, hallando Macdonald junto al Trebbia tropas iguales en valor á las que tenia bajo su mando, allí estuvo á punto de ruina, á la verdad no por culpa suya, sino del Directorio, que le había enviado á Nápoles. De consiguiente el raciocinio de Napoleón conserva su solidez en ambos casos, y demuestra que en el Norte y no en el Mediodía conviene disputar la Italia.

siempre ofrece el peligro de ser rebasado por el Tirol á causa de hallarse muy avanzado; y que solo el Adige se puede defender victoriosamente, pues apenas sale este raudal de agua de los Alpes en Verona cae en los pantanos de Legnano, y como situado más acá del Tirol no puede ser rebasado de ningun modo. Así el jóven Bonaparte establecióse junto el Adige, raciocinando en esta forma: Si los austriacos tratan de forzar el Adige por las montañas, necesariamente pasarán por la planicie de Rivoli; si lo quieren forzar por la llanura, se presentarán delante de Verona ó hácia los pantanos, en las cercanías de Legnano. Por tanto necesita situar el grueso de sus tropas en el centro, esto es, en Verona, dejar apostados dos destacamentos, uno en Rivoli y otro en Legnano, y reforzar alternativamente al uno ó al otro, segun la direccion que tome el enemigo, y permanecer imperturbablemente en la posicion esta, haciendo una especie de pasatiempo del sitio de Mantua entre las diversas apariciones de los austriacos. Merced á esta profundidad de juicio, con treinta y seis mil hombres, apenas aumentados en quince mil durante el curso de la guerra, el jóven Bonaparte hace cara á todos los ejércitos austriacos, y dando en diez y ocho meses doce batallas, más de sesenta combates, haciendo más de cien mil prisioneros, abruma al Austria, y le arranca el abandono definitivo de la línea del Rhin á Francia, y la paz general de seguida.

Por más que se recorran las páginas de la historia entera, no se hallará cosa semejante. Aquí la concepcion general y el arte de los combates rayan en un grado de perfeccion nunca visto. Respecto



de la concepcion resalta lo de pasar las montañas en Montenoite despues de atraer á los austriacos á Génova de resultas de un amago fingido, y ya dueño de Milan no correr á Roma y Nápoles, sino á Verona, y concebir que, debiéndose disputar la Italia á los soldados del Norte, en el Norte hay que arrancarles el triunfo, dejar el Mediodía como un fruto que se caera del árbol así que esté sazonado, elegir entre las diversas líneas defensivas la del Adige, por no ser desmesuradamente larga como la del Pó, ni fácil de rebasar como la del Isonzó, y mantenerse allí invariablemente hasta atraer y destruir á todas las fuerzas del Austria. En cuanto al arte del combate resalta lo de aguardar al enemigo delante de Verona, si se presenta directamente rechazarle á favor de la buena posicion de Caldiero, si sesga á la derecha hácia la llanura ir á acometerle en los pantanos de Arcola, donde el número no es nada, y el valor es todo, cuando descende sobre el Tirol por la izquierda de los franceses recibirle en la planicie de Rívoli, y dueño allí de los dos caminos, el del fondo del valle seguido por la artillería y la caballería, y el de las montañas seguido por la infantería, primero lanzar á la caballería y la artillería al Adige, y despues hacer prisionera á la infantería por carecer del socorro de las demás armas, y coger diez y ocho mil enemigos con quince mil de sus soldados; y ejecutar todo esto á la edad de veinte y seis años, y juntar así á la audacia de la juventud toda la profundidad de la edad madura, ciertamente no tiene ejemplar en la historia, así por la grandeza de las concepciones como por la perfeccion al ponerlas en planta.

A la verdad iguales rasgos caracterizan la carrera del general Bonaparte; discernimiento transcendental del objeto á que hay que ir en una campaña, y habilidad profunda en aprovecharse del terreno donde obligan á combatir las circunstancias de la guerra, en suma, igual superioridad en los movimientos generales que en el arte de dar batalla.

Dueños eran los franceses el año de 1800 de Suiza, y la ocupaban hasta el Tirol con sus tropas, teniendo á la izquierda las llanuras de la Suabia y á la derecha las del Piamonte. No contando los austriacos de ningún modo con los movimientos atrevidos de su joven adversario, hasta Huninga habian avanzado por la izquierda, y hasta Génova por la derecha. Al golpe idea el primer cónsul caer de ambos lados de la cordillera de los Alpes sobre su espalda, y á Moreau propone que descienda por Constanza sobre Ulma, á la par que personalmente baja sobre Milan por el San Bernardo. Moreau vacila en lanzarse así al corazón de Baviera en medio de masas enemigas. Dejándole en libertad de obrar á su antojo, el primer cónsul cruza el San Bernardo sin caminos abiertos, haciendo rodar sus cañones metidos dentro de troncos de árboles por entre precipicios, y á espaldas cae de los sorprendidos austriacos, y sobre el campo de Marengo les obliga á entregarle de resultas de una sola jornada la Italia entera, que dos años antes le habia costado doce batallas y sesenta combates, mientras que, operando á su manera melódica y prudente, Moreau tarda seis meses en acercarse á Viena.

Aquí también el punto donde conviene herir se



halla elegido tan atinadamente que el enemigo queda desarmado, apenas se ha descargado el golpe. Verdad es que la batalla decisiva no ofrece la perfeccion que la de Rivoli, por ejemplo, pues se estaba en la llanura, y el terreno presentaba pocas circunstancias felices, y un reconocimiento mal practicado fué causa de que se ignorase la presencia de los austriacos; de consiguiente el primer cónsul estuvo á punto de ser derrotado; pero en lugar de Grouchy tenia á Desaix por lugarteniente, y su llegada le trajo la victoria. Con todo, si un accidente hizo azarosa la batalla, no por esto la operacion de situarse improvisamente á espaldas del contrario deja de ser un prodigio, solo comparable al paso de Anibal efectuado dos mil años antes.

Obligado en 1805 á renunciar á la expedicion á Inglaterra y á lanzarse sobre el continente, el jóven cónsul ya elevado á emperador en quince dias lleva sus ejércitos de Flandes á Suabia. Ordinariamente los franceses atravessaban los desfiladeros de la Selva Negra para ganar las fuentes del Danubio, y segun su costumbre los austriacos acudian allí á toda prisa. A la sazón los detiene con presentar cabezas de columna en los principales de estos desfiladeros, en seguida se oculta á su vista de pronto, hácia su izquierda sigue á lo largo de los Alpes de Suabia, por Nuremberg desemboca á espaldas de los austriacos, á quienes encierra dentro de Ulma, y á todo un ejército de sesenta mil hombres obliga á rendir las armas, cosa nunca vista antes en siglo alguno. Desembarazado del grueso de las fuerzas austriacas, y noticioso de que los prusianos se hacen amenazadores, lejos de andar vacilante, se lanza sobre Viena y con su

movimiento arrastra á sus ejércitos de Italia, que tiene Masena bajo su mando y se los allega junto á Viena misma, y corre á Austerlitz donde encuentra á los rusos unidos á las reliquias del poder austriaco, y llegado al terreno finge vacilar y retroceder camino, y asi tiente la presuncion de Alejandro, que dando oídos á gente moza, se propone cortar al ejército francés de Viena. Al ponerlo por obra, Alejandro desguarnea la planicie de Pratzen, donde tenia su centro. Allí se arroja Napoleon á semejanza de un águila, y cortando en dos al ejército enemigo, sobre los lagos lanza una parte, y á un barranco la otra. De seguida revuelve sobre los prusianos, que en lugar de unirse á la coalicion, se ven forzados á ponerse de rodillas y á alegar excusas por haber pensado en hacerle guerra.

Aquí tambien se notan una osadía y un tino sin par en los movimientos generales: una maravilla de habilidad y de presencia de ánimo es la batalla decisiva; y no es milagro que se hundan los imperios ante semejantes prodigios de arte.

En lugar de la paz segura y permanente que hubiera podido celebrar con Europa, embriagado el vencedor de Austerlitz con sus laureles, se atrae la guerra con Prusia, apoyada por Rusia. El ejército prusiano se situa detras de la selva montañosa de Thuringia, á fin de cubrir las llanuras del centro de Alemania. Napoleon déjale en este sitio, por la derecha sube hácia Coburgo, luego desemboca sobre la extrema izquierda de la línea enemiga, y acomete á los prusianos de forma de cortarles del Norte, donde les aguardan los rusos, los abruma en Jena, en Awerstaedt, y rebasándolos de continuo al tiempo de su retirada, en Prenzlów, no le-



jos de Lubeck, se apodera hasta del último de ellos. Este día ya no había monarquía prusiana; jacobita estaba la obra de Federico el Grande. Necesario era ir al Norte á buscar á los rusos y cogerlos cuerpo á cuerpo, á fin de escarmentarles de la costumbre de empujar de continuo contra los franceses á las potencias alemanas, á las cuales abandonaban tras de haberlas comprometido. Napoleon se traslada á las márgenes del Vistulá, y por vez primera se halla ante las dos enormes dificultades del clima y de la distancia, que tan funestas le habían de ser mas tarde. Aun su ejército mantiene el vigor moral y físico en toda su fuerza: sin embargo, á tal distancia hay soldados que se van á la desbandada, y los hay á quienes desazonan el hambre y el frío. Napoleon acredita un empuje de voluntad y un genio de organización extraordinarios para mantener su ejército intacto, con energía indomable lucha sobre las heladas llanuras de Eylau contra la energía bárbara de los rusos, á consolidar su posición mediante la toma de Danzick dedica el invierno, y llegada la primavera, con su ejército descansado baja hacia el Niemen siguiendo el curso del Ale. Su cálculo estriba en que para vivir se habrán de acercár al litoral los rusos, en que tendrán que pasar el Ale por consiguiente, y al avance va con los ojos fijos sobre este suceso, del cual espera sacar decisivo partido. Efectivamente, á los rusos encuentra pasando el Ale por Friedland el 14 de junio, aniversario de la batalla de Marengo. Excepto los granaderos de Andriot á la espalda se hallan todos sus cuerpos de tropas. Llegado personalmente al terreno, á Oudinot emplea en hacer fuego de tiradores, y allí

trae el resto de su ejército á toda prisa. Ya que tiene sus fuerzas todas á la mano, en lugar de echarse encima de los rusos, se espera á que pasen el Ale; para empeñarles en el paso repliega su izquierda, y poco á poco adelanta su derecha hacia Friedland, donde están los puentes de los rusos, en seguida destruye estos puentes, y cuando ha privado al enemigo de todo medio de retirada, adelante lanza su izquierda replegada primeramente, hacia el Ale empuja á los rusos, y allí los amonтона como en un abismo, y ahoga ó hace prisionero casi en su totalidad á este ejército, el último que le pudiese oponer Europa. Todo ofrece aquí el mayor grado de perfección sin duda. Prever que los rusos trataran de ganar el litoral para acercarse á sus almacenes, y que pasaran el Ale delante del ejército francés para realizar este designio, seguirles, sorprenderles en el momento del paso, aguardar á que hayan cruzado el río casi todos, quitarles sus puentes, y acto continuo arrollarles sobre el Ale, á la verdad son prodigios en que la prevision más profunda respecto de la concepcion general, corre parejas con la presencia de animo en la operacion definitiva, esto es, en la batalla. En Italia había sido Napoleon el general dependiente, reducido á limitados recursos; en Austria, en Prusia, en Polonia fué el general jefe de Estado, disponiendo de los recursos de un vasto imperio, dando á sus operaciones toda la extension de sus concepciones, y derrocando en un día á Austria, en otro á Prusia, y finalmente en otro á Rusia, y todo esto á distancias adonde nunca se había llevado la guerra.



En el primer caso fué modelo del general subordinado, y dechado del general omnipotente y conquistador fué en el segundo. Aquí ya no hay aquellos movimientos circunscritos alrededor de una plaza, ni aquellas batallas clásicas en que la caballería formaba las alas y la infantería el centro, sino que los movimientos están en las proporciones de los imperios contra los cuales es la lucha, y las batallas tienen la fisonomía exacta del terreno donde se llevan á remate. A la de Leuthen se parecen las batallas, aunque superándola á todas luces; y lo que es los movimientos son mucho más trascendentales que los de Federico el Grande, al correr desalado de Breslau á Francfort junto al Oder, de Francfort junto al Oder á Erfurt, sin descargar nunca el golpe decisivo que pusiera fin á la guerra, sin que por esto dejen de ser muy de admirar la actividad, la constancia, el tesón de Federico, dignísimo de su sobrenombre de Grande. Sin embargo, es la verdad, que juntando el general francés á la audacia de la revolución francesa la suya propia, estudiando los grandes alineamientos del terreno, cual nunca se había hecho hasta entonces, tal grado de amplitud y de puntualidad comunicó á los movimientos generales que sus golpes eran seguros á la par que decisivos, y sin apelación en cierto modo. Bien se puede afirmar que á sus últimos límites había llegado ya el arte.

Por desgracia estos prodigiosos triunfos debían corromper, no al general, más consumado en su arte de día en día, sino al político, y persuadirle de ser posible todo, y llevarle, ora á España, ora á Rusia, con ejércitos debilitados á causa de su renovación rápida en demasía, y por entre dificultades acre-

centadas de continuo, ante todo por la distancia, no menor que de Cádiz á Moscou, despues por el clima, que alternativamente era el del Africa ó el de la Siberia, lo cual obligaba á los hombres á pasar de 40° de calor á 30 de frío, diferencias extremas para que por la vida animal puedan ser bien soportadas. En medio de temeridades de tanto bullo, al cabo debía sucumbir el mayor y más perfecto de los capitanes.

Así muchos jueces de Napoleon que, nunca bastante severos respecto de su política, lo son muy de sobra respecto de sus operaciones militares, le tachan de ser el general de los triunfos, y no el de los reveses, de saber invadir y no defender, de figurar el primero en la guerra ofensiva, y el último en la guerra defensiva, todo lo cual resúmen con la frase de que Napoleon jamás supo hacer una retirada. Este juicio se resiente de erróneo en nuestro concepto.

Cuando en la embriaguez del triunfo, Napoleon se trasladaba á distancias tales como de París á Moscou, y bajo un clima en que el frío excedía de 30°, ya no había retirada posible, y Moreau, que en el año de 1800 operó la admirable retirada de Baviera, fijamente no hubiera traído intacto al ejército francés de Moscou á Varsovia. Cuando desastres como el de 1812 se vienen encima, no es una de las alternativas de la guerra, que obligan, ora al avance, ora al retroceso, sino el desmoronamiento de todo un edificio sobre la cabeza del osado que lo había querido levantar hasta las nubes. Impulsados al último grado de exaltación para ir hasta Moscou, hallándose sorprendidos por un clima destructor de pronto, viéndose á distancias



inmensas, sabiendo que los pueblos estaban rebeldes á su espalda, los ejércitos caían en un abatimiento proporcionado á su anterior entusiasmo, y para mantenerlos en orden ningun poder tenia alcance. No era una retirada hacendera que no sabia ejecutar el gefe, sino el edificio de la monarquía universal que se desplomaba sobre la cabeza de su artífice temerario.

Pero no se concibe un general sino lo es lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna, porque la guerra es una série tal de alternativas felices y desgraciadas, que el que no supiera hacer cara á las unas como á las otras, no podría mandar un ejército ni quince dias. Ahora bien, cuando asaltado el general Bonaparte durante el mes de noviembre de 1796 por los austriacos en medio de las fiebres del Mántuano, para inutilizar el poder del número se lanzaba á los pantanos de Arcole, testimonio daba muy cumplido de tener en las circunstancias difíciles una energía y una fecundidad de espíritu de que no se hallan ciertamente muchos ejemplos. Cuando en el año de 1809 ya habia comenzado la série de sus desaciertos políticos y se hallaba en Esling y acorralado junto al Danubio, y privado de sus puentes á causa de haber crecido extraordinariamente las aguas, y se replegaba á la isla de Lobau con imperiturbable sangre fria, no acreditaba menos presencia de ánimo en los reverses. Sin duda la resistencia de Esling fué tambien debida al prodigio de Lannes, que murió de resultas, de Masena, que hubiera muerto de igual modo, si Dios no le hiciera tan afortunado como constante; pero la firmeza de Napoleón, que en medio de Viena conmovida, de todos los generales franceses

desmoralizados, veia recursos donde ya no los encontraba nadie, y adoptaba el plan vigoroso y paciente, mediante el cual la victoria de Wagram fué atraída bajo sus banderas, esta firmeza, tan admirada por Masena, á Napoleón pertenecia exclusivamente, y tal momento ofreció á todas luces una de las mayores extremidades de la guerra y más gloriosamente superadas de que haya conservado recuerdo la historia de las naciones.

Finalmente, por alegar de golpe la prueba más decisiva, la campaña de 1814 en que Napoleón con un puñado de hombres, unos ya gastados, otros bisoños y no probados en el fuego, á toda la Europa hizo frente, no batiéndose en retirada, sino aprovechándose de los falsos movimientos del enemigo para obligarle á retroceder á fuerza de golpes terribles, nuevo testimonio ofrece de fecundidad de recursos, de presencia de ánimo ó de indómita firmeza en una situación desesperada. Ciertamente Napoleón no hacia la guerra defensiva al modo que la mayor parte de los generales, retirándose metódicamente de una línea á otra, defendiendo bien la primera, luego la segunda, despues la tercera, y no consiguiendo así más que ganar tiempo, lo cual no es de desdenar de ningun modo, si bien no alcanza á dar feliz remate á una crisis; por su parte hacia la guerra defensiva como la ofensiva; estudiaba el terreno, aspiraba á prever la manera de operar del enemigo, de cogerte en falta, y de abrumarle de resultas, lo cual hizo en 1814 contra Blücher y Schwarzenberg y asegurara su salvación sin duda, á no estar gastado todo en rededor suyo, lo mismo los hombres que las cosas.

Si hablando con propiedad no fué el general